

D.^a LUC.—Eso fuera á saber él
Que su papel recibí:
Mas él piensa que rompi
Sin leello su papel.

D.^a JAC.—Pues con eso es cosa cierta,
Que curiosidad ha sido.

D.^a LUC.—En mi vida me ha valido
Tanto gusto el ser curiosa.
Y porque su falsedad
Conozcas, escucha y mira
(*Saca un papel, lo abre, y lee en se-
creto.*)
Si es mentira, la mentira
Que mas parece verdad.

ESCENA V.

DICHAS, Y AL PAÑO DON GARCÍA, TRISTAN Y
CAMINO.

CAMINO.—¿Veis la que tiene en la mano
Un papel?

D. GAR. —Sí.

CAMINO. —Pues aquella
Es Lucrecia.

D. GAR. —(¡Oh causa bella
De dolor tan inhumano!
Ya me abraso de celoso.)

¡Oh Camino, cuánto os debo!

TRISTAN—(*A Cam.*) Mañana os vestís de nuevo.

CAMINO.—Por vos he de ser dichoso.

D. GAR.—Llegarme, Tristan, pretendo
Adonde, sin que me vea,
Si posible fuere, lea
El papel que está leyendo.

TRISTAN.—No es difícil, que si vas
A esta capilla arrimado,
Saliendo por aquel lado
De espaldas la cogerás.

D. GAR.—Bien dices, ven por aquí.
(*Se entran como para dar vuelta tras
de una capilla que se verá en el tea-
tro; y salen tomando la espalda á las
damas luego que doña Jacinta tenga
el papel en la mano.*)

D. JAC.—Lee bajo, que darás
Mal ejemplo.

D.^a LUC. —No me oirás:
Toma y lee para ti.
(*Da el papel á Jacinta.*)

D.^a JAC.—Ese es mejor parecer.

TRISTAN—Bien el fin se consiguió.

D. GAR.—Tú, si ves mejor que yo,
Procura, Tristan, leer.

D.^a JAC.—« Ya que mal crédito cobras
« De mis palabras sentidas,

« Dime, si serán creidas,
 « Pues nunca mienten, las obras.
 « Que si consiste el creerme,
 « Señora, en ser tu marido,
 « Y ha de dar el ser creído
 « Materia al favorecerme,
 « Por este, Lucrecia mia,
 « Que de mi mano te doy
 « Firmado, digo que soy
 « Ya tu esposo—don García.»

D. GAR.—Vive Dios que es mi papel.

TRISTAN—¿Pues qué no lo vió en su casa?

D. GAR.—Por ventura lo repasa,
 Regalándose con él.

TRISTAN—Como quiera te está bien.

D. GAR.—Como quiera soy dichoso.

D.^a JAC.—Él es breve y compendioso,
 O bien siente ó miente bien.

D. GAR.—Volved los ojos, señora,
 Cuyos rayos no resisto.

(*Tápanse doña Lucrecia y doña Jacinta.*)

D.^a JAC. (*Aparte á doña Lucrecia.*)

—Cúbrete, pues no te ha visto,
 Y desengáñate agora.

D.^a LUC.—Disimula, y no me nombres.

D. GAR.—Corred los delgados velos
 A ese asombro de los cielos,

A ese cielo de los hombres.

¿Posible es que os llego á ver,
 Homicida de mi vida?
 Mas como sois mi homicida,
 En la iglesia hubo de ser:
 Si os obliga á retraer
 Mi muerte, no hayais temor;
 Que de las leyes de amor
 Es tan grande el desconcierto,
 Que dejan preso al que es muerto
 Y libre al que es matador.

Ya espero que de mi pena
 Estais, mi bien, condolida,
 Si el estar arrepentida
 Os trajo á la Madalena:
 Ved como el amor ordena
 Recompensa al mal que siento,
 Pues si yo llevé el tormento
 De vuestra crueldad, señora,
 La gloria me llevo agora
 De vuestro arrepentimiento.

¿No me hablais, dueño querido?
 ¿No os obliga el mal que paso?
 ¿Arrepentisos acaso
 De haberos arrepentido?
 Que advirtais, señora, os pido,
 Que otra vez me mataréis:
 Si porque en la iglesia os veis

Probais en mí los aceros,
Mirad que no ha de valeros
Si en ella el delito haceis.

D.^a JAC.—¿Conoceisme?
D. GAR.—Y bien por Dios;

Tanto que desde aquel día
Que os hablé en la platería,
No me conozco por vos:
De suerte que de los dos
Vivo mas en vos que en mí;
Que tanto, desde que os ví,
En vos trasformado estoy,
Que ni conozco el que soy,
Ni me acuerdo del que fui.

D.^a JAC.—Bien se ocha de ver que estais
Del que fuistes olvidado;
Pues sin ver que sois casado
Nuevo amor solicitais.

D. GAR.—¡Yo casado! ¿En eso dais?

D.^a JAC.—¿Pues no?

D. GAR.—¡Qué vana porfía!
Fué, por Dios, invencion mía,
Por ser vuestro.

D.^a JAC.—O por no sello;
Y si os vuelven á hablar dello,
Seréis casado en Turquía.

D. GAR.—Y vuelvo á jurar por Dios,
Que en este amoroso estado

Para todas soy casado,
Y soltero para vos.

D.^a JAC. (*Aparte á doña Lucrecia.*)

—¿Ves tu desengaño?

D.^a LUC.—(¡Ah cielos,

Apénas una centella

Siento de amor, y ya della

Nacen volcanes de celos!)

D. GAR.—Aquella noche, señora,

Que en el balcón os hablé,

¿Todo el caso no os conté?

D.^a JAC.—¿A mí en balcón?

D.^a LUC.—(¡Ah traidora!)

D.^a JAC.—Advertid que os engañais:

¿Vos me hablastes?

D. GAR.—Bien por Dios.

D.^a LUC.—(¿Hablaísle de noche vos,

Y á mí consejos me dais?)

D. GAR.—¿Y el papel que recibistes,

Negaréislo?

D.^a JAC.—¿Yo papel?

D.^a LUC.—(¡Ved qué amiga tan fiel!)

D. GAR.—Y sé yo que lo leistes.

D.^a JAC.—Pasar por donaire puede

Cuando no daña, el mentir;

Mas no se puede sufrir

Cuando ese limite excede.

D. GAR.—¿No os hablé en vuestro balcón,

Lucrecia, tres noches há?

D.^a JAC.—¿Yo Lucrecia? (Bueno va;

Toro nuevo, otra invencion:

A Lucrecia ha conocido,

Y es muy cierto el adoralla;

Pues finge, por no enojalla,

Que por ella me ha tenido.)

D.^a LUC.—(Todo lo entiendo, ¡ah traidora!

Sin duda que le avisó

Que la tapada fui yo;

Y quiere enmendallo agora

Con fingir que fué el tenella

Por mí, la causa de hablalla.)

TRISTAN (*Aparte á don García.*)

—Negar debe de importalla

Por la que está junto della,

Ser Lucrecia.

D. GAR. —Así lo entiendo;

Que si por mí lo negara,

Encubriera ya la cara;

¿Pero no se conociendo

Se hablaran las dos?

TRISTAN —Por puntos

Suele en las iglesias verse,

Que parlan sin conocerse

Los que aciertan á estar juntos.

D. GAR.—Dices bien.

TRISTAN —Fingiendo agora

Que se engañaron tus ojos,

Lo enmendarás.

D. GAR. —Los antojos

De un ardiente amor, señora,

Me tienen tan deslumbrado,

Que por otra os he tenido:

Perdonad que yerro ha sido

Desa cortina causado;

Que como á la fantasía

Fácil engaña el deseo,

Cualquiera dama que veo

Se me figura la mia.

D.^a JAC.—(Entendile la intencion.)

D.^a LUC.—(Avisóle la taimada.)

D.^a JAC.—Segun eso, ¿la adorada

Es Lucrecia?

D. GAR. —El corazon,

Desde el punto que la ví,

La hizo dueña de mi fe.

D.^a JAC.—(Bueno es esto.)

D.^a LUC. —(¿Que esta esté

Haciendo burla de mí?

No me doy por entendida

Por no hacer aquí un exceso.)

D.^a JAC.—Pues yo pienso, que á estar de eso

Cierta, os fuera agradecida

Lucrecia.

D. GAR. —¿Tratais con ella?

D.^a JAC.—Trato, y es amiga mía,
Tanto, que me atrevería
A afirmar, que en mí y en ella
Vive solo un corazón.

D. GAR.—(Si eres tú, bien claro está.
¡Que bien á entender me da
Su recato y su intencion!)
Pues ya que mi dicha ordena
Tan buena ocasion, señora,
Pues sois ángel, sed agora
Mensajera de mi pena.
Mi firmeza le decid,
Y perdonadme si os doy
Este oficio.

TRISTAN —(Oficio es hoy
De las mozas de Madrid.)

D. GAR.—Persuadilda que á tan grande
Amor ingrata no sea.

D.^a JAC.—Hacelde vos que lo crea,
Que yo le haré que se ablande.

D. GAR.—¿Por qué no creerá que muero,
Pues he visto su beldad?

D.^a JAC.—Porque, si os digo verdad,
No os tiene por verdadero.

D. GAR.—Esta es verdad, vive Dios:
Hacelde vos que lo crea.

D.^a JAC.—¿Qué importa que verdad sea,
Si el que la dice sois vos?

Que la boca mentirosa
Incorre en tan torpe mengua,
Que solamente en su lengua
Es la verdad sospechosa.

D. GAR.—Señora....

D.^a JAC. —Basta: mirad
Que dais nota.

D. GAR. —Ya obedezco.

D.^a JAC. (*Aparte á doña Lucrecia.*)
—¿Vas contenta?

D.^a LUC. —Yo agradezco,
Jacinta, tu voluntad.

ESCENA VI.

DON GARCÍA Y TRISTAN.

D. GAR.—¿No ha estado aguda Lucrecia?
¡Con qué astucia dió á entender
Que le importaba no ser
Lucrecia!

TRISTAN —A fe que no es necia.

D. GAR.—Sin duda que no queria
Que la conociese aquella
Que estaba hablando con ella.

TRISTAN—Claro está que no podia
Obligalla otra ocasion
A negar cosa tan clara:
Porque á tí no te negara

Que te habló por su balcón,
 Pues ella misma tocó
 Los puntos de que tratastes
 Cuando por él os hablastes.

D. GAR.—En eso bien me mostró
 Que de mí no se encubria.

TRISTAN.—Y por eso dijo aquello:
 « Y si os vuelven á hablar dello
 Seréis casado en Turquía. »

Y esta conjetura abona
 Mas claramente el negar
 Que era Lucrecia, y tratar
 Luego en tercera persona

De sus propios pensamientos,
 Diciéndote, que sabia
 Que Lucrecia pagaria
 Tus amorosos intentos,
 Con que tú hicieses, señor,
 Que los llegase á creer.

D. GAR.—¡Ay Tristan! ¿qué puedo hacer,
 Para acreditar mi amor?

TRISTAN.—¿Tú quieres casarte?

D. GAR. —Si.

TRISTAN.—Pues pídelas.

D. GAR. —¿Y si resiste?

TRISTAN.—Parece que no la oíste

Lo que dijo agora aquí:

« Haced de vos que lo crea

Que yo la haré que se ablande. »
 ¿Qué indicio quieres más grande
 De que ser tuya desea?

Quien tus papeles recibe,
 Quien te habla en sus ventanas,
 Muestras ha dado bien llanas
 De la afición con que vive.

El pensar que eres casado
 La refrena solamente,
 Y queda ese inconveniente
 Con casarte, remediado.

Pues es el mismo casarte,
 Siendo tan gran caballero,
 Información de soltero:
 Y cuando quiera obligarte

A que des información,
 Por el temor con que va
 De tus engaños, no está
 Salamanca en el Japon.

D. GAR.—Si está para quien desea;
 Que son ya siglos en mí
 Los instantes.

TRISTAN —¿Pues aquí
 No habrá quien testigo sea?

D. GAR.—Puede ser.

TRISTAN —Es fácil cosa.

D. GAR.—Al punto los buscaré.

TRISTAN.—Uno yo te le daré.

D. GAR.—¿Y quién es?

TRISTAN —Don Juan de Sosa.

D. GAR.—¿Quién, don Juan de Sosa?

TRISTAN —Sí.

D. GAR.—Bien lo sabe.

TRISTAN —Desde el día

Que te habló en la platería
No le he visto, ni él á ti.

Y aunque siempre he deseado
Saber qué pesar te dió
El papel que te escribió,
Nunca te lo he preguntado,

Viendo que entónces severo
Negaste y descolorido;
Mas agora que ha venido
Tan á propósito, quiero

Pensar que puedo, señor,
Pues secretario me has hecho
Del archivo de tu pecho,
Y se pasó aquel furor.

D. GAR.—Yo te lo quiero contar,
Que pues sé por experiencia
Tu secreto y tu prudencia,
Bien te lo puedo fiar.

A las siete de la tarde
Me escribió que me aguardaba
En San Blás don Juan de Sosa
Para un caso de importancia.

Callé, por ser desafío;

Que quiere el que no lo calla

Que le estorben ó le ayuden:

Cobardes acciones ambas.

Llegué al aplazado sitio

Donde don Juan me aguardaba

Con su espada y con sus celos,

Que son armas de ventaja.

Su sentimiento propuso,

Satisface á su demanda;

Y por quedar bien, al fin

Desnudamos las espadas.

Elegí mi medio al punto,

Y haciéndole una ganancia

Por los grados del perfil

Le di una fuerte estocada.

Sagrado fué de su vida

Un *Agnus Dei* que llevaba,

Que topando en él la punta

Hizo dos partes mi espada.

Él sacó piés del gran golpe;

Pero con ardiente rabia

Vino, tirando una punta;

Mas yo por la parte flaca

Cogí su espada, formando

Un atajo: él presto saca

(Como la respiracion

Tan corta linea le tapa,

Por faltarle los dos tercios
 A mi poco fiel espada)
 La suya, corriendo filos;
 Y como cerca me halla,
 Porque yo busqué el estrecho
 Por la falta de mis armas,
 A la cabeza furioso
 Me tiró una cuchillada:
 Recibila en el principio
 De su formacion, y baja
 Matándole el movimiento
 Sobre la suya mi espada.
 Aquí fué Troya: saqué
 Un revés con tal pujanza,
 Que la falta de mi acero
 Hizo allí muy poca falta;
 Que abriéndole en la cabeza
 Un palmo de cuchillada,
 Vino sin sentido al suelo
 Y aun sospecho que sin alma.
 Déjéle así, y con secreto
 Me vine: esto es lo que pasa;
 Y de no verle estos dias,
 Tristan, es esta la causa.

TRISTAN—¡Qué suceso tan extraño!
 ¿Y si murió?

D. GAR. —Cosa es clara;
 Porque hasta los mismos sesos

Esparció por la campaña.

TRISTAN—¡Pobre don Juan!... ¡Mas no es este
 Que viene aquí!

ESCENA VII.

DICHOS Y D. JUAN, Y POR OTRO LADO D. BELTRAN.
 (*Don Juan y don Beltran se saludan, se jun-
 tan, y hablan aparte.*)

D. GAR. —¡Cosa extraña!

TRISTAN—¿Tambien á mí me la pegas?

¡Al secretario del alma!

(Por Dios que se lo creí,

Con conocelle las mañas;

¿Mas á quién no engañarán

Mentiras tan bien trovadas?)

D. GAR.—Sin duda que le han curado
 Por ensalmo.

TRISTAN —¡Cuchillada

Que rompió los mismos sesos,

En tan breve tiempo sanal

D. GAR.—¿Es mucho? Ensalmo sé yo

Con que un hombre en Salamanca,

A quien cortaron á cercen

Un brazo con media espalda,

Volviéndosela á pegar,

En ménos de una semana

Quedó tan sano y tan bueno
Como primero.

TRISTAN —(¡Ya escampal)

D. GAR.—Esto no me lo contaron,
Yo mismo lo ví.

TRISTAN —Eso basta.

D. GAR.—De la verdad, por la vida,
No quitaré una palabra.

TRISTAN (¡Que ninguno se conozca!)
—Señor, mis servicios paga
Con enseñarme ese ensalmo.

D. GAR.—Está en dicciones hebraicas,
Y si no sabes la lengua
No has de saber pronunciarlas.

TRISTAN—¿Y tú, sabesla?

D. GAR. —¡Qué bueno!
Mejor que la castellana:
Hablo diez lenguas.

TRISTAN —(Y todas
Para mentir no te bastan:
Cuerpo de verdades lleno
Con razon el tuyo llaman,
Pues ninguna salé dél
Ni hay mentira que no salga.)

D. BEL. (Ap. á D. Juan) ¿Qué decis?

D. JUAN —Estoes verdad;
Ni caballero, ni dama
Tiene, si mal no me acuerdo,

Desos nombres Salamanca.

D. BEL. (Sin duda que fué invencion
De García, cosa es clara;
Disimular me conviene.)
—Goceis por edades largas
Con una rica encomienda
De la Cruz de Calatrava.

D. JUAN—Creed que siempre he de ser
Más vuestro, cuanto más valga;
Y perdonádmme, que agora
Por andar dando las gracias
A esos señores, no os voy
Sirviendo hasta vuestra casa.

ESCENA VIII.

DON GARCÍA, TRISTAN Y DON BELTRAN.

D. BEL.—¡Válgame Dios! ¿Es posible
Que á mí no me perdonaran
Las costumbres deste mozo?
¿Que aun á mí en mis propias canas
Me mintiese, al mismo tiempo
Que riéndoselo estaba?
¿Y que le creyese yo
En cosa tan de importancia
Tan presto, habiendo ya oído
De sus engaños la fama?
Mas ¿quién creyera que á mí